

recedero y aflictivo; el reinado de María espiritual, eterno y glorioso; las reinas de la tierra empañan con sus miserias el escaso brillo de sus diademas: María realza con su exquisita pureza al radioso esplendor de su corona; las primeras sostienen un brazo de barro el cetro de su mezquino territorio; la segunda empuña con robusta mano el cetro del cielo, la tierra y los abismos; en una palabra, éllas fueron concebidas en pecado y son hijas del pecado, en tanto que María fue concebida sin pecado original y es la madre de la divina gracia. ¡Dulcísima María! reina en nuestros corazones con entera libertad. Las dulzuras que se experimentan en tu servicio son inefables. Hubo un tiempo en que fuimos esclavos del Demonio, mas ya queremos ser tus humildes siervos. No ignoro, Virgen Santa, que, para ser tu vasallo, es indispensable tener puro el corazón, porque los siervos de una Reina Inmaculada no deben estar manchados; otórgame, pues, la gracia de llorar mis pecados, para purificar mi alma.



El Mes de María (1)

I

MEDITACIÓN SOBRE LA VANIDAD DEL MUNDO

PUNTO I.—Considera que todo en el mundo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. ¿Qué es lo que el mundo te brinda? Riquezas que desprenden el corazón del cielo y lo adhieren á la tierra, honores que engendran la soberbia y son pábulo de la ambición; placeres que se disipan como el humo, apenas se han gustado. Veloces pasan los días de nuestra vida, y al acercarse la muerte sólo queda honda amargura y cruel remordimiento. ¡Ay de ti pecador, que vives entregado á las cosas de la tierra! ¿Ignoras acaso que

(1) La celebración del Mes de María data en Lima desde principios de la segunda mitad del siglo XIX. Fue su fundador el presbítero doctor don Luis Guzmán, y cooperó grandemente á esta obra el señor don Bernardo Roca Garzón. Monseñor Tovar, diácono todavía en 1864, compuso las *Meditaciones* que aquí se insertan, colaborando con el señor don Ignacio Roca y Boloña, en la formación del opúsculo titulado *Ejercicio del Mes de María*, cuya recitación anual forma el encanto de los devotos de la Santísima Virgen.

el funesto fin de los mundanos es el triste desengaño de una eternidad desgraciada? ¿Y si lo sabes ¿cómo vives tranquilo? ¡Oh insigne locura la del hombre! Corre desolado tras las ilusiones de un día, sabiendo que será eternamente infeliz; prefiere el trato duro que le da el mundo, al tierno convite de su Padre y de su Dios; ¿y luego tendrá á honra el ser racional? Avergonzarse debiera de tan noble título, y temblar por las terribles consecuencias de su necedad.

PUNTO II.—Considera que el mundo es un hipócrita engañador, que promete la felicidad y no la da nunca; tortura el alma con la vana esperanza de un risueño porvenir, que jamás se llega á alcanzar; consume el corazón con el fuego voraz de inútiles deseos, que siempre deja sin satisfacer. ¿Has disfrutado dicha completa alguno de los días perdidos en su servicio? Bien claro te dice la conciencia que nó. Mientras que tus sentidos gozaban de sus frívolas diversiones, tu alma era presa de la agitación más horrible; reinaba en ella el desorden más espantoso. Las pasiones rebeladas contra la razón, la dominaban y sojuzgaban; ellas mismas se despedazaban en una lucha encarnizada de encontrados intereses, y tú eras el teatro y la víctima de este drama sangriento. ¡Oh mundo infame! ¿Cuándo te acabarán de conocer los hijos de los hombres? ¿Hasta cuándo serán el juguete de tus caprichos, el objeto de tu escarnio y de tu burla? Siempre los estás engañando; ellos lo saben, y sin embargo te sirven llenos de alegría; siempre cuidas de mezclar una gota de acíbar en la copa embriagadora de sus placeres; ellos no lo ignoran: una triste experiencia se lo ha demostrado, y, con todo eso, apuran hasta las heces el amargo cáliz que ha de darles muerte. ¡Oh misterio impenetrable! El mundo hace todo lo posible por no tener secuaces, y va para seis mil años no hay amo mejor servido; aborrece de muerte á los que lo siguen, y cuen-

ta con el amor de casi todos los corazones; y, por el contrario, Dios que nos ha dado á su Hijo, sólo porque nos ama, apenas tiene quien lo adore en espíritu y en verdad. ¡Qué ruindad la del mundo! ¡Qué ingratitud la del hombre! ¡Qué misericordia la de Dios!

PUNTO III.—Considera que María Santísima renunció al mundo, antes de que el mundo pretendiera atraerla con sus falsos encantos y mentidos halagos. Todavía niña, hizo á Dios el ofrecimiento de su alma y de su cuerpo, consagrándose enteramente á su servicio. Huyó del bullicio del siglo, para conservar la paz de su corazón; se retiró de la sociedad de los hombres, para platicar á solas con su Dios; se encerró dentro de los muros del templo del Señor, para gustar en silencio las delicias de la contemplación. He aquí el ejemplo que debes imitar. La misma María te invita á ello, diciéndote: Hijo mío, acuérdate que al hacerte cristiano por medio de las aguas santas del Bautismo, renunciaste al mundo, sus pompas y vanidades. Los cielos y la tierra fueron testigos de tu renuncia, y Dios la aceptó como prenda de una alianza eterna. Desgraciadamente has sido infiel al pacto que celebraste, mas ya es tiempo de que vuelvas la espalda á la tierra y conviertas tus miradas hacia el cielo. ¿Qué puede detener-te? ¿Quieres riquezas? Pues yo te prometo todos los tesoros de misericordia del Padre celestial. ¿Ambiciosas honores? Ten entendido que servir á Dios es reinar con él. ¿Buscas placeres? Pues bien, gusta y ve cuan suave es el Señor. Nada temas; sigue mis huellas con valor, que yo sostendré tu flaqueza y auxiliaré tu debilidad. Ponte con humildad y confianza en la presencia de mi Hijo, que yo rogaré por tí.

II

MEDITACIÓN SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACIÓN

PUNTO I.—Considera estas palabras de nuestro Divino Salvador: “¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?” ¿Tanto vale tu alma, que es menos ganar el mundo entero que perderla? Tu alma vale todo el precio de la sangre de un Dios. ¿Qué ganas, ganando el mundo? Goces y comodidades en esta vida, que, por larga que sea, siempre será corta. Y ¿qué pierdes, perdiendo tu alma? La bienaventuranza eterna, que consiste en la posesión de Dios para siempre. Compara aquella ganancia con esta pérdida, y deducirás de la comparación que el negocio más importante que tienes entre manos es el de la salvación, y, por consiguiente, que todo lo ganas si te salvas y todo lo pierdes si te condenas. Y después de esto, ¿vacilarás un sólo instante en resolverte? Ten presente que no tienes sino una alma; que ganarás ó perderás tu única alma una vez sola también, y que esto será por toda la eternidad. ¿Quién no teme el porvenir, ante estas consideraciones? Pobre de tí si no te impresionan.

PUNTO II.—Considera la dulce reprensión que dio Nuestro Señor Jesucristo á Marta cuando le dijo: “Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola cosa es necesaria”. Por estas palabras reprueba Nuestro Señor la solicitud y demasiado cuidado por las cosas temporales, y afirma de un modo terminante que sólo una cosa es necesaria, á saber, la salvación del alma. Esto quiere decir que el negocio de tu eterna felicidad, no sólo es el más importante de todos los negocios, sino también el

único que debe ocuparte seriamente. Hasta ahora has vivido olvidado de Dios y de tus deberes; en adelante no debes pensar en otra cosa que en salvarte. ¿Qué dirías de un hombre que, ocupado de hacer un largo viaje para reunirse con su padre, se entretuviese con todos los objetos que se presentasen en su tránsito? Sin duda que era un insensato, porque desatendía el fin principal, gastando el tiempo en futilidades; que era un hijo desnaturalizado, porque no se apresuraba á estrechar contra su corazón á aquél que le diera el ser. Tú eres ese viajero que cruzas el camino de la vida con dirección á tu patria, el cielo. Allí está tu padre celestial, esperándote para coronarte de gloria. No te detengas pues: mira que está determinado el tiempo en que puedes caminar; vendrá la noche y nada podrás hacer, te sorprenderá la muerte detenido en medio del camino, inquieto con eso que tú llamas asuntos de importancia, y que son verdaderas fruslerías; y aunque seas rico y poderoso, será inevitable tu eterna desgracia. Prevenla con tiempo, si no quieres experimentarla más tarde.

PUNTO III.—Considera la vida de la Virgen María durante su permanencia en el templo. Ocupada en santificarse por medio de la oración, sólo vacaba para dedicarse al trabajo de manos, en servicio del santuario. Así vivió todo el tiempo que precedió á su matrimonio y siguió á su presentación. Intimamente convencida de que sus únicos pensamientos debían ser su Dios, su alma, su eternidad; cultivó en su corazón las flores de todas las virtudes, para recrear con ellas al amado de su alma; desprendió su espíritu de todo lo terreno, para suspirar sólo por lo celestial; se impuso todo género de sacrificios para aumentar en la eternidad los quilates de su gloria. Con razón la llama la Escritura Santa “Huerto cerrado”, porque nada mundano, nada terrestre, nada temporal llamó nunca su

atención. Estaba preparado por su divino Esposo para ser la morada del Rey de los cielos, y nadie podía habitarlo sino él, cuando se dignase hacerlo su tabernáculo ¡Oh María, Madre mía!, ¡quién pudiera exclamar como tú, en el exceso de la más pura alegría: Señor, he renunciado á todos mis pensamientos para no pensar sino en tí; he encadenado todos mis miembros, para que sólo se empleen en glorificarte! ¿Acaso tú que aún resistes á la gracia, que sabiendo que la salvación es lo más importante y lo único necesario, en todo piensas menos en ella; que rehusas escuchar la voz de María que te convida el cielo? ¡Oh! Mucho temo que la protección de esta Madre piadosísima se haga inútil para ti por la dureza de tu corazón. Invócala, sin embargo, para que cambie en docilidad tu rebeldía.

III

MEDITACIÓN SOBRE LA NECESIDAD DE CONVERTIRSE

Á DIOS

PUNTO I.—Considera que Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva. Grande es su misericordia, y dispuesto está á perdonarte tus pecados, si los lloras arrepentido. Sólo espera que te conviertas á él con humildad y confianza, para convertirse á tí y colmarto de favores. Así lo dice por su Profeta: “Convertíos á mí y yo me convertiré á vosotros”. ¡Cuántos y cuán poderosos motivos tienes para convertirte á Dios! Su gracia que te solicita, su misericordia que te convida, sus beneficios que te atraen, la muerte que te amenaza, el abismo abierto á tus pies para tragarte, el juicio formidable que te espera, los remordi-

mientos de la conciencia que te punzan, las enfermedades que te afligen; todo, en una palabra, te dice con lenguaje elocuente, que te vuelvas al Señor y hagas penitencia. Y ¿será posible que despreciéis tantas gracias y que te burles de tanta misericordia? Llegará tiempo en que Dios, cansado de sufrirte y esperarte, te desprecie y se burle de tí, cuando tú necesites más de su amparo y protección en la hora de tu muerte. Así lo ha prometido en una amenaza terrible como la tempestad: “Yo me reiré de vosotros en la hora de vuestra muerte”. Si te resignas á sufrir la burla de un Dios, bien puedes continuar en tu vida de pecado.

PUNTO II—Considera que no tienes excusa ninguna para dilatar tu conversión. Cuentas con la gracia necesaria, sólo falta que cooperes con tu voluntad. Si quieres alentarte trae á la memoria los ejemplos que la Providencia te presenta en tantos pecadores convertidos. María Magdalena, que había escandalizado á la Judea con sus desórdenes, se echa á los pies del Salvador, los baña con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, y Jesús la perdona, porque le ha dado signos inequívocos de amor. Una mirada de nuestro Divino Redentor hace gemir á Pedro, en la amargura de su corazón, porque había negado á su Dios y Señor. El buen ladrón pide á Jesucristo con los sentimientos de la más profunda humildad y vehemente contrición, que se acuerde de él cuando se encuentre en su reino, y merece escuchar estas palabras de bendición: “Hoy serás conmigo en el Paraíso”. Imita de María Magdalena la docilidad á las inspiraciones de la gracia; de Pedro, las lágrimas en que ahogó su iniquidad; del buen ladrón, su fervorosa súplica. Y, en vista de estos modelos de penitencia, ¿diferirás tu conversión un solo día? Ellos tuvieron las mismas pasiones que tú tienes, tropezaron con las mismas dificultades que tú tropiezas, y á pesar de todo se convirtieron á su Dios. Sigue paso á paso

las huellas de sangre y de lágrimas con que regaron su camino, y ceñirás en el cielo la corona de la inmortalidad. No digas en tu corazón: mañana me volveré al Señor: no sea que este día que das de plazo á la misericordia, llegue á ser el primero del triunfo de la justicia.

PUNTO III.—Considera á María al pie de la Cruz, sufriendo las más crueles amargas, los más intensos dolores. El triste espectáculo de su Hijo crucificado, la conmueve profundamente; mas en medio de su grande aflicción, se resigna á la voluntad del Padre celestial. Jesús la constituye Madre de los pecadores, y ella acepta gustosa este encargo, porque también los ama y sufre por su amor. ¡Oh María, Virgen dolorosísima, nos habéis concebido en vuestras purísimas entrañas, entre los más acerbos sufrimientos! Gracias te damos por tanta dignación y por tanta bondad. Nosotros, pobres desterrados en este valle de lágrimas, desheredados de nuestro pingüe patrimonio en castigo de nuestro pecado, no teníamos quien nos consolase, porque no teníamos Madre; ahora apenas pronunciamos este dulcísimo nombre, cuando escuchamos que nos llamas tus queridos hijos. Si, Virgen Santísima, somos tus hijos y nos complacemos en invocarte como Madre. Y tú, pobre pecador, que temes con razón la cólera de Dios, consuélate, porque ya tienes quien abogue por tí, quien presente al Señor tus lágrimas y gemidos. María ha sufrido por tí tantas penas y tormentos; tú debes llorar tus pecados que fueron causa de sus dolores. Comienza por detestarlos en tu corazón; y ella conseguirá de Dios que te perdone.

IV

MEDITACIÓN SOBRE EL FIN PARA QUE FUIMOS CREADOS

PUNTO I.—Considera que Dios te ha creado y puesto en el mundo para que le sirvas durante tu vida, y participes de su gloria toda la eternidad. Te dotó de inteligencia para que conociéses en cuanto era posible, sus infinitas perfecciones; te concedió libertad para que empleándola en su amor, merecieses como premio de tu fidelidad la eterna bienaventuranza; puso en tu corazón aspiraciones generosas que nada precedero pudiera satisfacer, para atraerte hacia El con una dulce violencia, y por último, te ha brindado el tesoro de su gracia, para auxiliar tu debilidad y sostener tu miseria. He aquí los medios con que cuentas para conseguir tu fin. ¿Los has usado según las intenciones de Dios? ¡Ah! muy al contrario. Has empleado tu entendimiento en conocer el mundo y su malicia, el pecado y los modos de cometerlo; has pervertido tu libertad, infringiendo la ley santa del Señor, has prostituido tu corazón, convirtiéndolo á las criaturas; has abusado de la gracia, no haciendo caso de sus movimientos; es decir, en una palabra, que has hecho de los recursos de santificación, signos de reprobación. Y mientras tanto, estás apartado del fin para que Dios te crió; el pecado te mantiene en una región muy separada á la que habita su Divina Majestad. Y, ¿cómo es posible que vivas, que respires, que existas fuera de Dios? Todas las criaturas viven, se mueven y existen en Dios, sólo el pecador carece de Dios. Triste condición á que lo reduce su pecado.

PUNTO II.—Considera que el hombre, destinado por

Dios para conservar el orden en la creación, ha sido el primero y el único que ha introducido el desorden. En efecto, todas las criaturas, obedientes á la voz de su Creador, llenan el fin para que fueron creadas, entonando, á su manera, cánticos de alabanza. El sol era un destello de su Majestad; las estrellas, una muestra de su gloria; el mar, panegírico de su omnipotencia; la tierra, el teatro de su bondad; los animales y las plantas, el elogio de su providencia; y el universo entero, la revelación de sus divinos atributos. Sólo el hombre, compendio de tantas maravillas, rehusó alabar á su Hacedor, desobedeció el precepto que le había impuesto su sabiduría y renunció voluntariamente el nobilísimo fin que le estaba preparado. Entonces la naturaleza entera se reveló contra su rey; el cetro cayó de sus manos y fue quitada la corona de su cabeza. ¡Oh, qué desgracia! El hombre, la única criatura racional, ultraja á su Señor, se extravía del fin para que fue creado, mientras que todas las otras glorifican á Dios y cumplen su voluntad. ¿Qué dices de esto tú que vives tan olvidado de tu fin? ¿No te avergüenzas de que los irracionales reprendan, con su conducta, la tuya? Imita el ejemplo que te dan y pide á Dios, con las mismas disposiciones del Profeta David, que te haga conocer tu fin.

PUNTO III.—Considera la docilidad con que María consintió en el misterio de la Encarnación. Apenas le dice el Angel que no sufriría mengua su virginidad, se apresura á exclamar: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí, según tu palabra”.

El hombre, separado de su fin, no podía ponerse en vía de alcanzarlo, sin pagar á Dios la deuda que había contraído por su pecado; su miseria le hacía impotente para reparar de un modo digno la injuria inferida; en tales circunstancias, la misericordia toma á su cargo el satisfacer á la Justicia: la segunda Persona de la Santí-

sima Trinidad encarnada en las entrañas de una Virgen, carga sobre sus hombros los pecados del mundo, y se ofrece á sufrir todos los rigores de la cólera divina. Así se restablece el equilibrio roto por el pecado; el hombre adquiere de nuevo el derecho á su fin; y debe á María el haberle traído á Nuestro Señor Jesucristo, único nombre en quien puede ser salvo. ¡Oh, cuán agradecido debe ser el hombre á la Reina de los Angeles! Por tí, Madre piadosísima, tiene el pecador entrada en el cielo. ¿Lo oyes, devoto de María? Por medio de esta Virgen caritativa, vas á alcanzar tu fin, que es Dios. Implora pues su intercesión con humildad y confianza.

V

MEDITACIÓN SOBRE EL PECADO

PUNTO I.—Considera que el pecado es horrible en sí mismo, porque es una ofensa hecha á la majestad de Dios. El hombre es una criatura, y pecando se levanta contra su Criador; es siervo, y, con su pecado, dice á su Señor lleno de soberbia: no serviré; es beneficiado, y pecando insulta á su benefactor; es hijo, y no teme ultrajar con su pecado á su bondadoso Padre; es un miserable gusano de la tierra, y, sin embargo, se atreve á exclamar como Lucifer: “subiré al cielo, levantaré mi solio sobre los astros de Dios....., subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo” ¡qué audacia!, ¡qué insolencia! Dios mío, ¿cómo permites que el hombre peque la segunda vez? ¿Porqué no desapareces al pecador de la sobre haz de la tierra, al punto que te ofende? ¡Oh Yo no sé qué admirar más; si el atrevimiento del hombre ó la misericordia de Dios. ¿Cómo es posible que el hombre, conociendo la grandeza de

Dios, sintiendo en cada instante un beneficio de su mano liberal, sabiendo que su justicia puede castigarlo de repente, tenga la osadía de ultrajarlo y despreciarlo? ¿Cómo es posible que Dios, conociendo la ingratitud del hombre, apreciando en su verdadero valor la injuria recibida, sabiendo que el pecador está dispuesto á ofenderlo de nuevo, lo tolere, y le dé su gracia y le prometa el perdón? Aquí se tocan dos abismos: el abismo de la vileza humana y el de la grandeza divina; el abismo de la miseria del hombre y el de la misericordia de Dios. Bendice, alma ingrata, al Señor, porque te ha dado tiempo para conocer la malicia del pecado y gracia para aborrecerlo.

PUNTO II.—Considera cuán grande mal sea el pecado, por las terribles consecuencias que de él han provenido. Inmediatamente que pecó Adán, fue expulsado del Paraíso de delicias, condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, sujeto á las enfermedades y á la muerte; esto por lo que hace al cuerpo. Respecto del alma, quedó privado de la gracia santificante, envuelta su inteligencia en tinieblas y sufriendo la rebeldía de la carne y los ardores de la concupiscencia; y lo peor era, que toda la humanidad participaba de su desgracia como había participado de su culpa. ¡Oh, que mal tan horrible que ha inundado la tierra de tantas calamidades!, guerras, pestes, hambras, incendios, terremotos, muertes repentinas; todos estos males y otros que nos afligen son efecto exclusivo del pecado. ¡Oh! Dios mío, ¡si quedaran en esto solo sus funestos estragos! Pero nó, en la eternidad es donde brilla tu justicia; allí, en la mansión del llanto y del dolor, es donde descargas sobre el réprobo todo el peso de tu cólera. ¡Oh infierno! ¡Qué horrible eres! Pero menos horrible que el pecado, que ha sido causa de que existieras. Mas para tener una idea de lo que aborrece Dios el pecado, es preciso contemplar á Jesucristo crucificado en el Calvario. El

es inocentísimo y purísimo, pero tiene las apariencias de pecador, y esto basta para que el Padre eterno lo castigue sin piedad. ¡Oh pecado mil veces horrible que has causado la pasión y muerte de mi Salvador!, yo te abomino con todo el corazón. Aborrécelo tu también y pide á Dios la gracia de llorarlo debidamente.

PUNTO III.—Considera que nuestra Madre María Santísima ha sido concebida sin pecado original. No era posible que la Mujer destinada á quebrantar la cabeza de la infernal serpiente, sintiese su mortífera mordedura; que la que había de ser Madre del Dios tres veces Santo, fuese antes hija de Satanás; que la futura Esposa del Espíritu Santo, fuese primero cautiva del demonio. Alégrate, hijo de María, porque tu purísima Madre ha triunfado de la muerte y del infierno; alaba la Omnipotencia de Dios que ha confundido la soberbia de Luzbel; engrandece su Sabiduría que se ha servido de un débil instrumento para sus designios, y bendice á tu Reina y Señora por el singular privilegio de su concepción inmaculada. Pídele con fervor que desate las ligaduras con que te tiene aprisionado el enemigo común. Hazle presente el triste estado á que te tienen reducido tus crímenes, á fin de moverla á compasión. Mira que ella nunca desoyó los lamentos de sus hijos; no desechara pues los tuyos, si son humildes y sinceros.

VI

MEDITACIÓN SOBRE LA MUERTE

PUNTO I.—Considera que está establecido que todo hombre ha de morir una sola vez, y que nadie sabe el momento de su muerte. De modo que nada es más